

CAPITULO

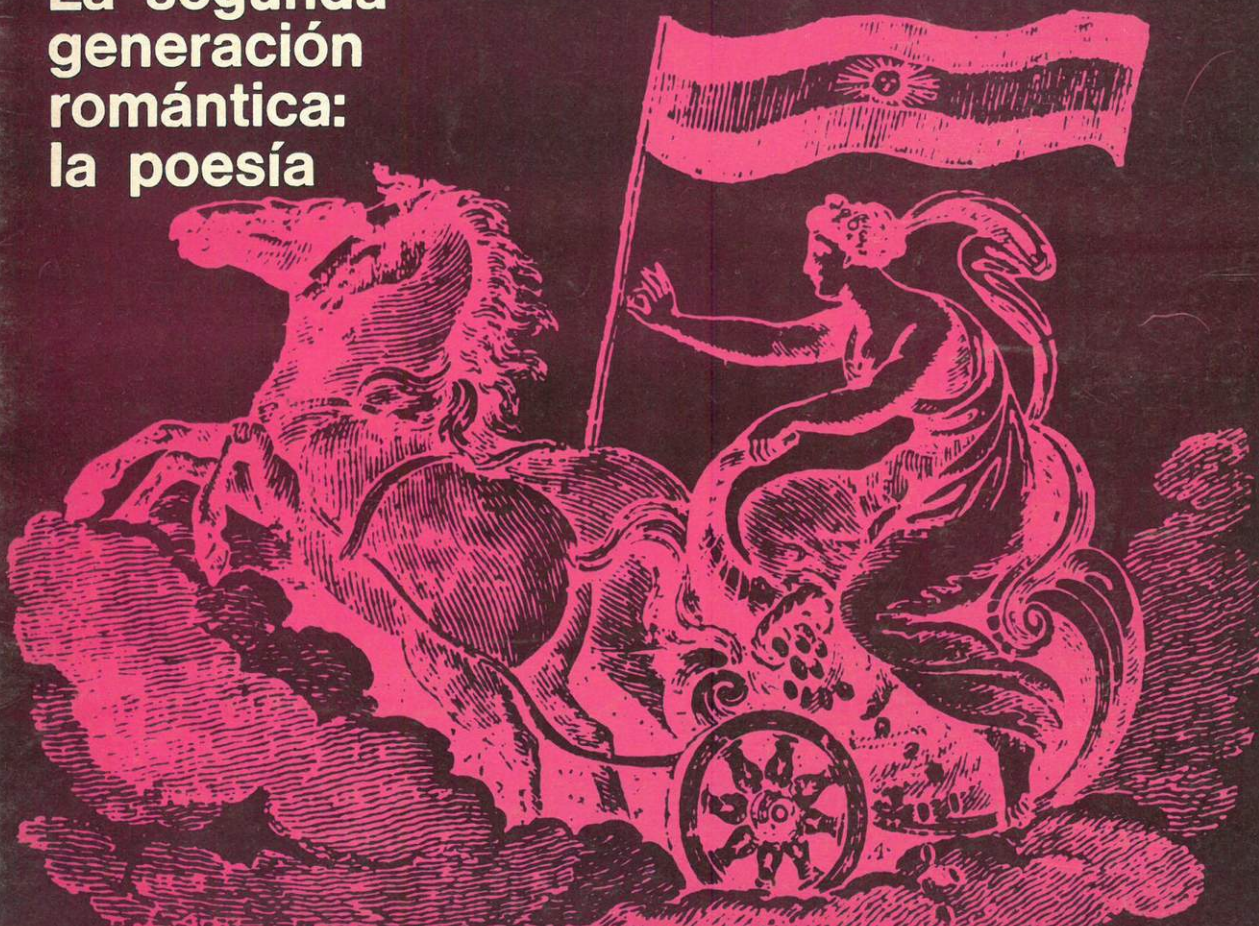


CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

17

La segunda
generación
romántica:
la poesía



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

17. La segunda generación romántica: la poesía

Este fascículo ha sido preparado por la profesora Beatriz Sarlo Sabajanes, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

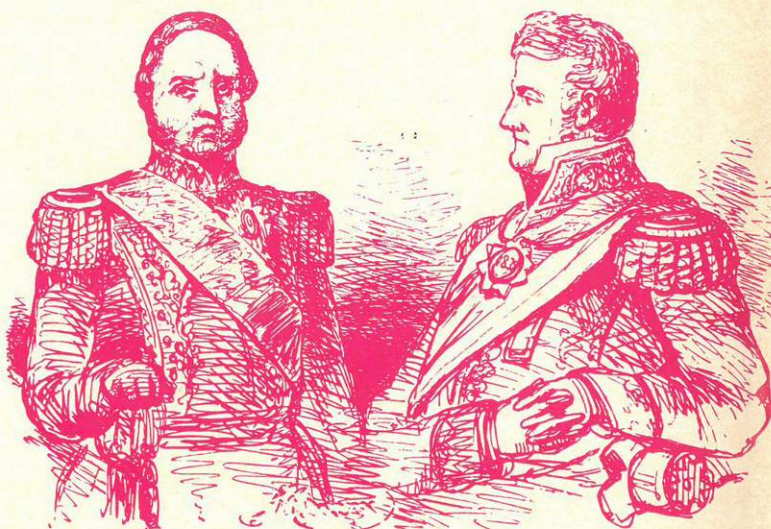
CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 18:

LUCIO V. MANSILLA

- VIDA DE MANSILLA
- GUERRA Y VIAJE A LOS RANQUELES
- PERIODISMO, POLITICA Y MINERIA
- LA OBRA LITERARIA
- "UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES"
- LAS "CAUSERIES" DE LOS JUEVES

y junto con el fascículo, el libro
**UNA EXCURSION A LOS INDIOS
RANQUELES (tomo I)**
de Lucio V. Mansilla



URQUIZA AND ROSAS.

La segunda generación romántica: Gutiérrez, Andrade

La literatura romántica, tanto en la poesía como en la novela o el ensayo — sobre todo en la labor de sus ideólogos —, ha mostrado al lector atento el trasfondo de la situación nacional conflictuada entonces en la lucha contra Rosas. No deja de reflejar esa misma circunstancia, como se ha visto, el desarrollo de la poesía gauchesca. Pero cuando llega Caseros, una nueva situación ha quedado planteada. Caseros fue en realidad el eje alrededor del cual las ideologías nuevas y viejas reorganizaron sus frentes y sus hombres.

El marco histórico. — El general Urquiza entró en Buenos Aires luciendo en su sombrero de alta copa el cintillo rojo de los federales. La caída de Rosas hizo posible una alianza entre los dos partidos antagónicos que dividían al país desde 1830, los unitarios y los federales, favorecida en parte por el hecho de que el antirrosismo no implicaba necesariamente unitarismo, como sucedía ya desde la Época del Salón Literario. Más aún, el esquema unitario había indudablemente caducado. De modo que los vencedores de Caseros se reagruparon de acuerdo con las dos tendencias más poderosas y naturales de ese momento político: federalismo provinciano de proyección amplia y nacional, por un lado; y ultrafederalismo separatista y bonaerense por el otro.

Buenos Aires no estaba preparada políticamente para renunciar a las prerrogativas que le acordaba su posición de puerto y aduana, cuyos ingresos iban directamente a engrosar el tesoro de la provincia: así se determina su exclusión voluntaria de la Confederación, que acaba de nacer en el Pacto de Gobernadores de San Nicolás, el 31 de mayo de 1852. El 11 de setiembre de ese año estalla en la ciudad porteña una revolución que arroja como resultado la autonomía de la provincia, cuyo gobierno asumió Valentín Alsina, apasionado autonomista, defensor del

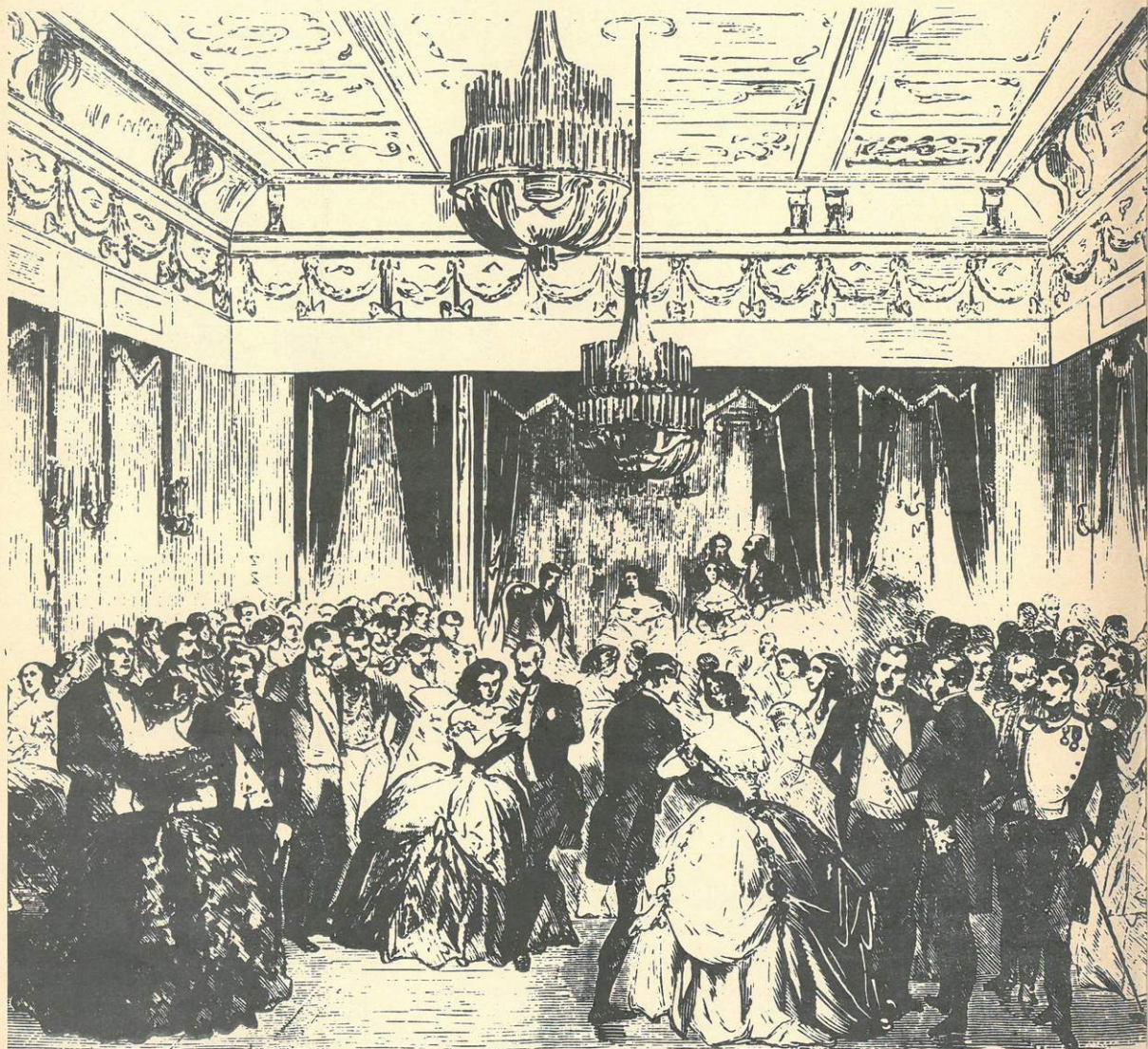
separatismo y la prerrogativa de su provincia, miembro de la clase ilustrada a quien la figura aún caudillesca de Urquiza debía producir inencomiable rechazo.

A partir de ese momento y hasta 1861, la división provinciano-porteña se acentúa en todo el ámbito nacional, y se produce el fenómeno de los gobiernos paralelos de Paraná y Buenos Aires. La Confederación, cuyo presidente Urquiza luchó por la plena vigencia de los principios federales, debió afrontar las dificultades económicas que le planteaba la carencia de las facilidades portuarias y de la pingüe riqueza que arrojaba la aduana de Buenos Aires. La Confederación organizó una verdadera ofensiva económica para desviar de la aduana porteña una parte de sus elevadas rentas: en un primer momento se pensó en prohibir el ingreso de toda mercadería de importación que hubiera pasado por el puerto de Buenos Aires, pero este proyecto de 1854 se revela como absolutamente impracticable: Buenos Aires era el acceso natural para los productos que llegaban o salían hacia Europa. En 1856 se intentó otra solución mediante la ley de derechos diferenciales que establecía un recargo sobre las mercaderías que no entrarán directamente por los puertos de la Confederación. Buenos Aires, celosa como siempre de sus prerrogativas y consciente guardiana de la prosperidad de su economía, respondió prohibiendo el tránsito de los productos de la Confederación hacia su puerto. Se comprende que las provincias, acuciadas por los problemas de una economía endeble, alimentaran un resentimiento antiporteño, y que el gobierno de Urquiza, honesto y organizador, en el cual participaban hombres de la talla de Juan María Gutiérrez, Facundo Zuviria y Vicente Quesada, contribuyera a que su figura adquiriese las dimensiones de estadista y la fama de providencial. Todavía en 1867, Olegario Andrade



Valentín Alsina en 1852

Así como los primeros románticos vivieron y crearon en un país desgarrado por la pugna entre unitarios y federales, la segunda generación romántica, surgida a la vida pública después de Caseros, enfrentó una situación nueva, caracterizada ante todo por el enfrentamiento entre el partido porteño y los partidarios de Urquiza.



Baile ofrecido en el consulado de Francia en Buenos Aires con motivo del triunfo francés en Crimea (L'Illustration, 17-III-1856, basado en un dibujo de Pallière)

puede escribir: "El general Urquiza es más que un ídolo para el pueblo argentino: es una necesidad. Sólo su brazo puede encadenar las tempestades que lo agitan con bárbara inclemencia. Sólo su nombre puede conciliar las aspiraciones que se disputan el poder..."

Así como el período que va desde 1853 a 1862 constituyó los cimientos de una nueva organización nacional de la que no participó Buenos Aires, los años que siguen a 1862 son los de fundación, estructuración y puesta en marcha de la nación, recién entonces concebida como unidad indudable. Aunque las fuerzas de la Confederación cayeron derrotadas por Mitre en Pavón, la nueva unión entre Buenos Aires y las provincias se produjo sobre bases igualitarias, por lo menos teóricamente.

La presidencia de Mitre (1862-1868) atraviesa un momento difícil para la política exterior de la recién cimentada república: la guerra con el Paraguay, criticada agriamente por muchos sectores, cuestionada como aberración histórica por Alberdi, que costó al país los mejores años de la inquieta juventud porteña y la concreción de empréstitos en el exterior que acentuaron el déficit de nuestra balanza de pagos, candente situación que debió enfrentar, después, el presidente Avellaneda. Pero, también durante la presidencia de Mitre, al mismo tiempo que nuestros ejércitos luchaban en los esteros paraguayos, las provincias, guiadas por la mano a veces demasiado firme del gobierno nacional, abandonaban con esfuerzo sus viejas estructuras cerradas, solucionaban sus problemas de límites y comunicaciones, cedían a la nación sus fuerzas militares.

Sarmiento, que ocupa la primera magistratura entre 1868 y 1874, representa los intereses y las inquietudes de la minoría ilustrada que está poniendo en marcha los grandes proyectos de política educacional, de comunicaciones e inmigratoria que



Casa de Gobierno de la Confederación Argentina, en Paraná (1859)



Ricardo Gutiérrez

modificarán a corto plazo la fisonomía de ciertas zonas del país. Baste recordar que la proporción de extranjeros era, en Buenos Aires, bajísima en 1858 y que asciende a un 52,7% en 1887. fenómeno que implica la incorporación de nuevos elementos humanos que se fusionan en la dinámica de progreso propugnada por los gobiernos liberales.

Estas minorías ilustradas que gobiernan desde la capital —aunque sean provincianos Sarmiento, Avellaneda y Roca— crearon la imagen ideal de un país y se lanzaron a construirlo. Los disturbios internos no lograron impedirlo. Toda la intelectualidad —porteña o provinciana— residente en Buenos Aires está, de una manera u otra, vinculada a los cuadros dirigentes por su acción o su crítica, ya en la oposición, ya en el gobierno. Y hay una militancia que hermana a correligionarios y enemigos políticos: la fiebre del progreso, la dinámica constante del cambio.

La república, mientras tanto, sigue abriéndose hacia Europa. Obtuvo en muy pocos años un mercado comprador firme para sus lanas y comenzó a crear una corriente de exportación de cereales. La élite dirigente establecía asiduo contacto con el mundo cultural europeo, aunque asimilara los movimientos literarios y filosóficos con varios años de inevitable retraso. La intelectualidad porteña se convirtió en una constante consumidora de literatura y música, además de adoptar a través de fugaces o prolongadas estancias en Francia, las costumbres, las modas y las manías del mundo elegante y cosmopolita. Los años que nos ocupan están signados por la actividad de una minoría ilustrada y preocupada fundamentalmente por la cultura, aunque a las masas llegarán sólo los indiscutibles intentos de alfabetización.

Buenos Aires sigue siendo el centro reconocido de la actividad cultural y goza del raro privilegio de absorber a los hombres llegados de las pro-

vincias, aunque se conserve en éstos, como en Andrade, el sentimiento latente de la patria chica. Así el federalismo triunfante en Caseros, que pasara por las polarizaciones de nacionalistas y porteños, vuelve a transformarse en un centralismo cultural y político. En 1880 se produjo la federalización de Buenos Aires, donde cayeron los baluartes del último ultrafederalismo bonaerense, pero donde se logran, también, las bases de la nueva organización centralista, que, aunque no se refleja en las instituciones, se manifiesta en la política del país.

Dentro de este marco compuesto por los procesos que condujeron a un reacondicionamiento de las ideologías polarizadas, determinado también por un vigoroso movimiento cultural que responde a las apetencias de una minoría ilustrada y progresista, creadora ella misma de cultura, europeizante por costumbre e imbuída de una fe inamovible en el porvenir de la república, se desarrolla la actividad creadora de los hombres de letras, y entre ellos, de los poetas, cuyos representantes máximos son, hasta 1880, Ricardo Gutiérrez y Olegario V. Andrade. La época les es propicia. Gobernantes hábiles como Avellaneda y Roca pensaron que la poesía podía ser un arma poderosa de apoyo, que podía dar más lustre a los actos de gobierno y a los fastos de la patria. Las minorías ilustradas que dirigían los destinos del país propiciaban la formación de un poderoso centro irradiador de cultura, y dentro de ese plan la poesía se situaba en un lugar indiscutible.

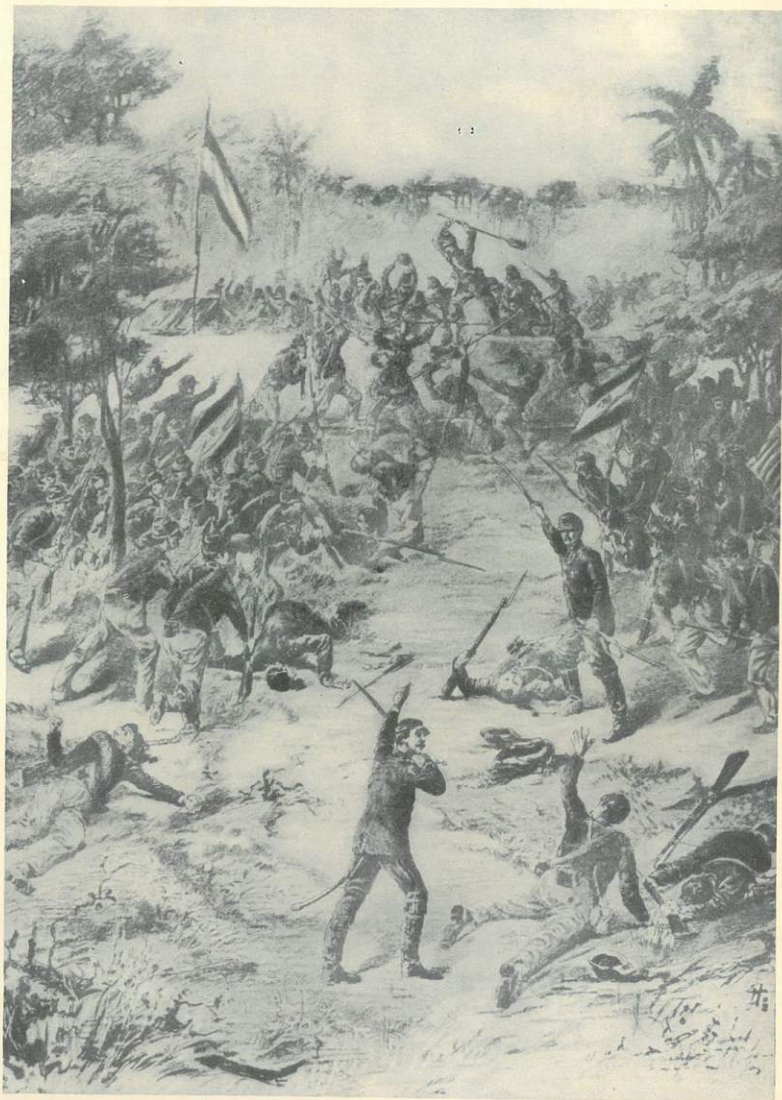
Ricardo Gutiérrez. — Nacido en la localidad bonaerense de Arrecifes, donde se refugiaron tal vez sus padres para evadir los peligros de una Buenos Aires convulsionada, poco se sabe de los primeros años de la vida de Ricardo Gutiérrez (1838-1896). En 1860, a los veintidós años, ya está inscripto en la Academia de Juris-

prudencia, pero breve sería su contacto con el estudio de las leyes y la teoría del derecho: encuentra su realización y plenitud en la medicina, estudio que principia y abandona poco después para incorporarse al ejército que combatirá en Paraguay, guerra que le inspirará luego versos de exhortación piadosa.

Justamente a través de ellos y del poema *La victoria*, columbramos la imagen de un Gutiérrez pacifista, cuya función en el ejército argentino fue precisamente la de cerrar heridas. Su temperamento tierno y humanitario no se abría para celebrar los fulgores de la hazaña épica, sino para lamentar sus desastres. Hacia esos años, Buenos Aires lo consagraba ya como su poeta.

A su regreso de Paraguay recibe el doctorado en medicina acerca del que comenta Miguel Cané: "Su tesis hizo época, porque todos, profanos e iluminados, se arrebataban esas páginas soberbias, inspiradas por un altísimo sentimiento de caridad y escritas en una elevación de estilo desconocido entre nosotros". Viaja luego a Europa con una beca del gobierno argentino. En el viejo continente estrecha su amistad con Miguel Cané, que le profesa una admiración ilimitada.

A su regreso, Gutiérrez asume la dirección del Hospital de Niños, donde encuentra campo propicio para la aplicación de su recién adquirida especialidad, la pediatría, y para desarrollar su vocación humanitaria y cristiana. Son años de luchas inclementes: las secuelas de la fiebre amarilla de 1871 — se trabaja afanosamente en medicina preventiva e higiene — y el cólera implacable, que enlutara a Buenos Aires en 1877. A propósito del apostolado de Gutiérrez dice Juan Argerich, en *La Biblioteca*, 1897: "Nunca alcanzó a tener la impasibilidad que muchos ponderan como don esencial en el médico; y, seguramente, en su imaginación desmedida, sufrió esos dolores



Batalla del Boquerón, en la Guerra de la Triple Alianza (ilustración para *El Sudamericano*, 1890)



Miguel Cané (padre)

inexplicables que exasperan muchas veces su sensibilidad..." Su prestigio, como médico de niños, fue enorme, y contribuyó a alejarlo gradualmente de la poesía. Siente con intensidad su función social y su sacerdocio humano, y así define su hacer en "La hermana de caridad":

"...voy donde el diente del dolor se
[encarne,
seco también las lágrimas del suelo
y cierro las heridas de la carne..."

Su vida transcurre atravesada por esa única línea de luz e intensidad; nada sabemos de las circunstancias que llevaron a su poesía tantas quejas, lágrimas y lamentos. Fue uno de los poetas de mayor resonancia entre los años de 1860 a 1875, pero ya antes de su muerte su prestigio había decaído, disminuido primero por nuevos poetas, arrollado luego por nuevas tendencias. Sin embargo, a pocos días de su fallecimiento se realizó en su homenaje una velada fúnebre en el Ateneo. En el discurso que pronuncia Rafael Obligado, quien lo consideró siempre buen poeta, dice con exageración oratoria pero sincera admiración: "Echeverría, Mármol y Andrade eran, entre los muertos queridos, los tres soberanos de la inspiración nacional. El cuarto es ya Ricardo Gutiérrez". El tiempo fue tejiendo, después, el manto de un olvido comprensible.

La fibra salvaje. — En 1860, cuando el autor apenas tenía veintidós años, apareció en Buenos Aires *La fibra salvaje*, precedida de una dedicatoria a Miguel Cané, padre, en la que se menciona la lista completa de sus obras. Se trata de un poema de cerca de dos mil versos, dividido en cuatro cantos. En él se encuentran todas las características del romanticismo más exaltado y lacrimoso, en estado menos elaborado y elemental: amor contrariado, destinos terribles, reencuentros fortuitos, muerte. Su protagonista, Ezequiel, está calcado sobre el tipo de héroe romántico cuya vida parece estar signada por la desgracia

y la negación de toda felicidad probable. Es típicamente un personaje de corte byroniano:

*Negros como sus ojos, su cabello
en negligentes ondas se derrama
y las soberbias líneas del semblante
con salvaje vigor bajo él destaca.*

Pero pese a ese salvaje vigor se nos presenta absolutamente subordinado a las vicisitudes de un destino que él no alcanza a dominar ni comprender. Todos los hechos determinantes de su vida se van entretejiendo por acción del azar y la casualidad. Ezequiel nunca pudo ser personaje romántico, precisamente por esa ineptitud para la lucha. Es en cambio personaje romántico, predestinado desde antes del amor a la destrucción, la desgracia y la muerte. Es romántico por su melancolía y su soledad magnética e irresistible:

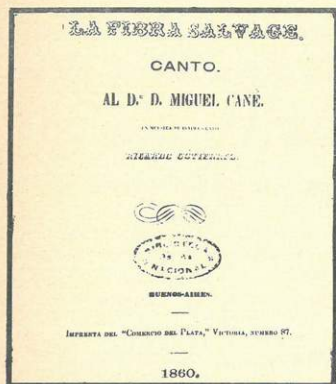
*Ay! es la soledad, es el desierto
que se extiende en el alma del suicida;*

*esa completa ausencia de esperanza,
ese invencible hastío de la vida.*

Está inmerso en lo que se llamara, treinta años antes y en Europa, el "mal del siglo". Adolece, como todos sus hermanos de la literatura romántica, de una voluntad enferma e incapaz de enfrentar la realidad — no terminamos de explicarnos, por ejemplo, por qué abandona a Lucía, al comienzo del poema, enviándole una carta tan desolada como inexplicable—. En cuanto se aparta definitivamente de su amada comienzan para el protagonista las desventuras de un sentimiento irrealizado e imposible. Gutiérrez parece haber comprendido muy bien su triste experiencia:

*Mas ay! de aquel sin ventura
que allá en su pasado guarda
sólo un recuerdo maldito
que en vano en borrar batalla.*

El poema está construido sobre una serie de lamentos líricos que confunden y desarmen su débil línea narrativa. Para Gutiérrez es mucho más



Portada de la primera edición de
La fibra salvaje

importante pulsar las cuerdas del dolor en sus personajes que seguirlos a través de los acontecimientos. Lo narrativo ostenta las características de lo inverosímil como trama; en cambio lo lírico, aunque soporta el peso de toda la lacrimosa retórica romántica, es lo que mantiene el interés del lector, nunca acuciado por el misterio de un desenlace previsible y donde está patente, por otra parte, el modelo de los reencuentros por azar del *Don Alvaro* del duque de Rivas. Pueden rescatarse así de *La fibra salvaje* breves momentos de intensidad lírica, frente al fatalismo inmovible de un destino cruel.

El Lázar. — 1869 es una fecha importante dentro de la producción de Gutiérrez. Apareció, ese año, *Lázar*, intento fallido de incorporación del gaucho a la poesía culta. El esfuerzo de Gutiérrez se reduce a informarnos que Lázar es un gaucho, a introducir ciertos americanismos de vocabulario en la descripción del personaje, y a convertirlo en trovador que se expresa dentro de la más genuina tradición romántica, aunque sean las décimas la estrofa elegida. Vuelve a manifestarse en este poema, con evidencia, que las posibilidades de Gutiérrez no residen en lo descriptivo sino en lo lírico. Lázar, desde la famosa trova del primer canto, se siente fatalmente arrastrado por un destino que no le es propicio, tiene ya la convicción de su suerte aciaga. No es el problema social del marginado el que se refleja, sino la predestinación enfermiza al aislamiento y la soledad. Hay en el poema pasajes de penetrante y melancólico lirismo, ajustados a la tónica que impera en toda la poesía de Gutiérrez. El Canto Segundo se abre con unas octavas que podrían desglosarse sin dificultad de la obra e integrarse en las colecciones de poesías breves; en ellas Gutiérrez estampa una vez más la idealizada visión romántica de la mujer como ángel y bálsamo:



Lord Byron

Lord Byron (1788-1824): poeta romántico inglés, que inauguró en su obra la galería de héroes atormentados, melancólicos y desapacibles que determinarían un tipo dentro de la literatura europea y americana. Su vida transcurrió tan exaltada como su literatura; eligió morir defendiendo la libertad de Grecia, en Missolonghi. Con los primeros cantos de *Childe Harold* —historia de un alma y un peregrinaje— causó sensación y provocó polémicas en Londres. Más tarde, la reacción de una sociedad puritana lo obligó a abandonar su patria. Vivió, entonces, en Suiza y en Italia. Escribe su primera obra dramática, *Manfredo*, y comienza la composición de su célebre *Don Juan*. Estas obras, junto con *Mazeppa*, los dramas *Marino Faliero*, *Los dos Foscari*, y los famosos cantos *Lara* y *El Corsario*, se leen y se imitan en el Río de la Plata. Byron representa el prototipo del poeta romántico apasionado e hipersensible: así fue visto por la crítica y los poetas americanos sobre los cuales influyó indudablemente.

Pedro Goyena y los poemas de Ricardo Gutiérrez

Podría decirse que Pedro Goyena se consagró como crítico de literatura con la publicación de su artículo sobre Ricardo Gutiérrez en la Revista Argentina, en 1869. En estas largas páginas Goyena analiza y comenta La fibra salvaje y Lázaro. Goyena, con un enfoque a nuestro juicio inexacto, considera que el Lázaro de Gutiérrez surgió de una inspiración en aquello que la pampa tenía de más genuino y real: el gaucho: "...qué torrentes de amargura, qué salvajes y dramáticas armonías no hallará el artista en las las profundidades del alma de este hombre varonil y desdichado que se llama el gaucho de los campos argentinos? Allí fue la musa de Ricardo Gutiérrez a beber sus nobles y severas inspiraciones". Tal el testimonio y la apreciación del crítico contemporáneo del poeta (es superfluo que aclaremos nuevamente que Lázaro responde, no a fuentes nacionales ni a sus tipos, sino al esquema bien conocido del héroe romántico víctima de la fatalidad). El mismo Goyena nos proporciona una descripción metafórica e impresionista de la poesía de Gutiérrez, que nos aclara además el porqué de su celebridad en esos momentos: "La poesía de Gutiérrez es, en realidad, como un cielo cubierto de nubes sombrías, donde brillan a veces los fulgores de una esperanza que se extingue rápidamente, haciendo todavía más oscura la región que iluminó". Considérense los gustos e inclinaciones de una época que aún no había superado al romanticismo en literatura y se tendrá la causa de ese éxito resonante aunque de breve duración.



El duque de Rivas

*Una mujer, tesoro inestimable
que el mundo ingrato a valorar no
[alcanza,
manantial de cariño inagotable,
de piedad, de nobleza y de con-
[fianza...*

Hemos dicho que el lirismo de Gutiérrez está naturalmente encaminado hacia lo lacrimoso y lastimero. Las situaciones de separación que se plantean a los protagonistas se resuelven en lágrimas; éstas y los lamentos se convierten en sucedáneos de la acción. Los protagonistas son incapaces de actuar hasta que los hechos no les sean impuestos desde fuera, y aun cuando se lancen a modificar las circunstancias a través del acto, la realidad termina por superarlos: Dolores enloquece y Lázaro renuncia a enfrentar con sus compañeros la responsabilidad de una defensa colectiva. La palabra, el universo de lo literario, es el mundo donde se mueven con mayor predilección: los hechos adversos son enfrentados con el lamento de almas enervadas por la melancolía. Vaya como prueba de lo dicho esta estrofa que corresponde a la entrevista entre Lázaro y Dolores donde se declara la imposibilidad del amor recién nacido:

*Y a él los ojos inmóviles alzaba
como ignorando allí que le veía:
mirándole callaba
y lloraba, lloraba
caída en su fatal melancolía.*

Nótese de paso, además, la dureza y elementalidad del ritmo y acentuación del verso, características ambas que comparte, empobreciéndose, casi toda la poesía de Gutiérrez. Sin embargo, pese a ser este poeta un regular artesano, no debemos olvidar que creó un tipo de estrofa que iba a cosechar profusa celebridad en la poesía de su época: la octava formada por cuatro endecasílabos asonantados, dos pentasílabos y dos endecasílabos finales.

Las poesías breves. — Las poesías líricas breves de Gutiérrez están re-

cogidas en dos colecciones: *El libro de las lágrimas* y *El libro de los cantos*. Persiste en ellas el romanticismo sentimental y pesimista de los dos poemas largos que se han analizado, pero son, sin embargo, lo mejor y más decantado de la producción de Gutiérrez. Las palabras clave de su inspiración son *muerte, adiós, sepulcro, ánima, ilusiones*, y son ellas las que le dan su tónica. La ideas se organizan en series anafóricas (repeticiones de palabras al comienzo de cada verso) paralelas, del siguiente tipo: *Sobre los llanos de la tierra mía, sobre los montes de la tierra extraña, sobre el abismo de la mar inquieta, sobre el fúnebre campo de batalla...*

Los temas fundamestales son los del amor imposible por la separación, el olvido o la muerte; el sentimiento humanitario y cristiano que se manifiesta en poemas como *Los Expósitos* y *Los huérfanos*, cuyos estribillos glosan repetidamente la soledad de aquellos que perdieron padres y hogar; y *La pena de muerte*, en el que a través del enfoque subjetivo Gutiérrez deja implícito su imperativo ético: *Ni por toda la gloria de este mundo ni por la parte que el Edén me guarda, mi mano escribirá mi nombre humilde al pie de la sentencia de matanza.*

Su pacifismo de raíz humanitaria y sentimental, no teórica, se manifiesta en *La Patria universal* y *La victoria*.

La vocación y el sacerdocio médico entroncan en la concepción cristiana, que Gutiérrez simboliza, por ejemplo, en *La hermana de caridad*. Su sentimiento religioso, que fuera considerado ortodoxo por Santiago Estrada y panteísta por Miguel Cané — católico el primero y liberal el segundo —, se expresa sobre todo en *La oración* y en *El misionero*.

En cuanto al pesimismo de Gutiérrez, se va atenuando en el plano sentimental por la presencia de una fe consoladora; la esperanza hace que

el agudo sentido del olvido y la caducidad (expresado a través de su palabra-tema, *sepulcro*) se dulcifique a través de la fe en lo trascendente:

*¿Qué importa el eslabón de la cadena
cuando en el alma la esperanza canta?
¿Qué le importa a la carne su gan-
greña
cuando hasta Dios la mente se le-
vanta?*

Queda Gutiérrez como el poeta de sensibilidad aguda pero de escasas posibilidades líricas. Avido catador de tristezas, no logró plasmarlas en una forma que se evadiera de los repetidos moldes románticos. Los grandes movimientos de su poesía se ven frenados por una expresión empobrecida por la repetición de imágenes y por una versificación que endurece las posibilidades musicales del ritmo, el metro y la rima. Como poeta de su época, en la Argentina, respondió a una visión sentimental del hombre y de sus relaciones que era todavía tributaria de un romanticismo ya superado en otras latitudes, pero vigente en la poesía del Río de la Plata. De allí su triunfo resonante y su rápido olvido.

Juan Chassaing. — Contemporáneos de Gutiérrez, políticos militantes, periodistas o soldados, los poetas menores de la segunda generación romántica surgieron cuando ya las voces de Echeverría y Mármol no resonaban, cuando Olegario Andrade luchaba todavía en la provincia entrerriana.

Mencionaremos entre ellos a Juan Chassaing (1839-1864), autor de las hoy famosísimas estrofas ya incorporadas al acervo popular:

*Aquí está la bandera idolatrada,
la enseña que Belgrano nos legó...*

Suya también es la tantas veces recitada *A mi bandera*, que comienza así:

*Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la Patria,*

RICARDO GUTIERREZ

Poesías líricas

*El libro de las lágrimas
El libro de los cantos*

Con una introducción de
CARLOS MUZZIO SAENZ-PENA



TALLERES GRAFICOS ARGENTINOS
L. J. ROSSO
SARNIENTO 719 DOBLAS 944
BUENOS AIRES

Portada de una de las ediciones de
Poesías líricas

Dos enfoques de "El misionero"

Esta poesía de Ricardo Gutiérrez, en la que el poeta concibe una figura de honda raigambre cristiana pero cuya ortodoxia católica podría ser muy discutida, provocó, en su momento, posiciones dispares. La composición, leída por su autor en la "Asociación Católica", mereció el comentario de Santiago Estrada, ardiente defensor de sus principios frente al avance del liberalismo. Estrada adivina la importancia e influencia que significaba presentar a Gutiérrez como creyente y ortodoxo: "El vate parece buscar en un momento de suspensión una criatura en quien encarnar las glorias de la cruz, y al fin la encuentra... El ojo del águila la ha descubierto... Va abrumada por el peso del madero glorioso: es el fraile". Y luego: "Ricardo Gutiérrez es el poeta que vive del pensamiento, es el poeta soldado, es el poeta cristiano. El no canta por cantar; él canta porque cree, y hace oír su canto porque sabe que es obra buena enseñar a pensar, alentar al que desfallece...". Miguel Cané, en cambio, afiliado al liberalismo y amigo íntimo de Gutiérrez desde los años de estudiantes en Europa, considera el poema desde otro ángulo: "Ese 'Dios que el Universo encierra' es la neta y pura expresión del panteísmo". Acerca de la figura del fraile forjada por el poeta, su posición es radical: "Ricardo Gutiérrez ha concebido un fraile sublime, una idea. Los ultramontanos han querido enrostrarlo en sus filas y poner a sus frailes inútiles ese ropaje soberbio. El poeta se ha reído de ellos".

núcleo de inmenso amor desconocido que en pos de ti me arrastras.

Extraña que llame a la bandera "melancólica imagen", cuando el poema resuena más bien con el fragor de la batalla y el impulso hacia la victoria. Hay siempre un matiz de pérdida y oscuridad en la poesía de Chassaing, que se manifiesta en este poema en el "amor desconocido", expresión ambigua, pues en poetas de la reconstrucción nacional no podemos concebir ese amor como misterioso y recóndito en su significado. Tanto el adjetivo "melancólico", como "desconocido", responden, más bien, a los criterios expresivos de cierto tipo de romanticismo.

La melancolía de Chassaing es signo de su época y atravesó su existencia breve — murió a los 25 años — pero intensa. Ricardo Gutiérrez, su gran amigo, escribe sobre él estas líneas en *El Correo del Domingo*: "He empleado la mitad de mi vida para convencer a Juan Chassaing de que es mejor poeta que soldado, que periodista y que juríconsulto". Pero Chassaing se vio envuelto en el compromiso ineludible de su época y respondió con la acción y la palabra. Avellaneda recuerda, después de su muerte, su oratoria fogosa en el Club del Pueblo y lo define como una gran esperanza truncada tempranamente: "Chassaing no era todavía más que una sombra, pero se hallaba dotado de todas las calidades para esculpir fuertemente su figura en la historia del país".

Otros poetas. — La temprana y lamentada muerte de Chassaing no fue la única que se cobró el destino entre los poetas jóvenes. Adolescente casi, murió Jorge Mitre en 1870, a los dieciocho años, mientras permanecía en la legación argentina de Río de Janeiro. Se suicida dejando unas cartas de cuño típicamente romántico: "Justifíqueme a los ojos de los que me condenen, sin sondear el caos de sentimientos que se arremolinan en mi corazón". En Buenos Ai-

res y en 1871, se publicaron sus poesías en un tomo menor; son los ensayos de un poeta romántico que no logró plasmarse en el breve lapso de su existencia. Adolfo Lamarque (1852-1898) fue su gran amigo, y así lo afirma en una carta al editor de Jorge Mitre: "En las largas veladas de invierno que pasábamos juntos, escribíamos siempre, y cuando el cansancio nos invadía, nos leíamos mutuamente nuestros ensayos". Lamarque vivió bajo el mismo sino romántico y se suicidó a los 36 años. Son dos "hijos del siglo" que Pedro Goyena define así: "...dos bellas manifestaciones del talento poético de la nueva generación argentina, lanzada, desde la infancia, en la vorágine ardiente de la vida... Notamos, por eso, en los versos de ambos, el acento verdadero de la pasión, que, a pesar de sus pocos años, ha tenido ya tiempo de acariciarlos, de agitarlos, de complacerlos y de herirlos". En 1871, también, salen a la luz en Buenos Aires los *Ensayos Poéticos* de Lamarque.

Gervasio Méndez. — (1848-1898) pertenece también a esta segunda generación de poetas. La suya fue una vida desgraciada y oscura; su poesía, de valores mediocres. Nació en Gualeguaychú, y fue un autodidacta. A los veinte años se le insinuaron ya los síntomas de la parálisis que lo postraría, poco después, definitivamente. Buenos Aires lo descubre cuando Andrade publica un poema suyo en *La Tribuna* y comienza el asedio. Martín García Mérou, en sus *Recuerdos Literarios*, dice: "La casa de Gervasio Méndez se había hecho el centro de una peregrinación de poetas más o menos grandes, literatos de todas las escuelas y todas las calañas, y muchos aspirantes a la letra de molde, que le llevaban sus ensayos para verlos aparecer en su semanario, *El Album del Hogar*". Miguel Cané, en sus *Charlas Literarias* nos da una visión más idealizada y romántica del interés público por

Gervasio Méndez: "Desde ese instante el sentimiento público, ese gran corazón anónimo, único capaz de comprender las profundas caídas y único también que puede consolarlas, amparó a Méndez". Esta simpatía se organizó en una Comisión que tomó a su cargo la publicación de un volumen con las poesías de Méndez, cuya reedición aumentada apareció en 1877, con pie de la Imprenta de *La Tribuna*. La obra de Méndez es poesía del dolor y del amor imposible; la influencia previsible y lógica es la de Ricardo Gutiérrez, cuya estrofa cultivó asiduamente.

Dentro de una tónica diferente se sitúa la producción breve de Carlos Encina (1838-1882). Ingeniero, imbuido de las ideas científicas de su época, e inclinado por naturaleza más a la reflexión que a las bellas letras, dejó sólo tres largos cantos: *A Colón*, de 1858; *Canto al arte*, leído en 1877 en acto público, junto con *El poeta y el soldado* de Ricardo Gutiérrez y *Arpa perdida*, de Andrade; y *La lucha de la idea*. Su obra fue publicada en 1883, en un tomito titulado *In Memoriam*. Es Encina poeta arduo, más dueño de la idea que de la imagen. Sin embargo tuvo gran repercusión en una época en que el entusiasmo de los contemporáneos reemplazaba, muchas veces, el enfoque crítico.

Tal es el ambiente literario y cultural que rodea a la figura patriarcal de Andrade: abundancia de poetas medianos, y una gran necesidad de poesía que operara sustancialmente sobre la sociedad, o por lo menos sobre uno de sus estratos. Andrade, al llegar de Entre Ríos en 1876, encuentra un ambiente ávido de literatura que lo recibe como su vate más representativo.

Olegario Víctor Andrade. — Olegario Víctor Andrade (1839-1882) fue uno de los poetas, el más importante sin duda, de la década del 70, en su carácter de corifeo del ideario



Juan Chassaing



Carlos Encina



Gervasio Méndez

Argentino, uruguayo, brasileño: polémicas. Familia del poeta

Durante mucho tiempo estuvo en duda y fue objeto de varia polémica el lugar de nacimiento de Andrade. Los documentos prueban la prosapia argentina de su familia entrerriana, por su madre María Marta Burgos, y santafesina, por su padre don Mariano Andrade, orfebre de profesión. María Marta Burgos y Mariano Andrade casaron el 10 de mayo de 1833. Poco después emigraron a Gualeguaychú, como tantos otros. Se estableció primero en Paysandú, pero como el Uruguay se viera en situación política semejante bajo Oribe, debió pasar, en 1839, a tierra brasileña. Estas sucesivas residencias del matrimonio Andrade hicieron que se forjara toda una polémica acerca del verdadero lugar de nacimiento del poeta. Se propuso a Gualeguaychú, Concepción y Paysandú, rechazándose la posibilidad del Alegrete brasileño, y se llegó a defender ardorosamente el origen entrerriano del poeta. Sin embargo, en 1911, el R. P. Juan Carlos Borques descubrió en Alegrete la fe de bautismo de Olegario. Este documento se dio a luz pública solo en 1924.

Al exhumarse la partida de matrimonio de Andrade, se comprobó que figura como su lugar de nacimiento Alegrete. Uruguay lo reclamaba alegando como prueba Canto de Paysandú, pero de donde no se infiere que ésta fuera la patria del poeta. Brasil no lo reclamaba, por cierto, dada la militancia anti-imperial de Andrade, pero esta misma militancia tornaba improbable que alguien se decidiese a investigar en Alegrete. Tuvieron que pasar varios años antes de que se desvanecieran los resquemores y se contradijeran definitivamente las versiones de Martiniano Leguizamón, Mariano Pelliza y Benjamín Basualdo.

oficial. Nació en la localidad de Alegrete (Brasil). Sus padres debieron seguir el camino del exilio, pues ese año y el de 1840 son los que señalan la culminación del poder de Rosas en Buenos Aires y de las violentas disensiones internas en las provincias. La Mesopotamia y sobre todo Entre Ríos, donde se había fundado el hogar paterno, era agitada constantemente por los unitarios, que aunque exiliados en el Uruguay, hostilizaban desde allí a los gobiernos federales. Lavalle había cruzado con sus tropas y se internaba en Entre Ríos, derrotando a las fuerzas del gobernador Echagüe en la batalla de Yeruá. Mientras tanto, en el sur de la provincia de Buenos Aires, un grupo de hacendados encabezados por Castelli se alzaba en armas y era enteramente derrotado. Venganzas terribles se cernían sobre el país, cuando, en 1839, nace Andrade en el hogar entrerriano que se había afincado en Alegrete.

En 1848, cuando ya la figura de Urquiza había asegurado en Entre Ríos cierto grado de autonomía y las garantías mínimas de seguridad, encontramos a Andrade cursando sus estudios elementales en Gualeguaychú. Un hecho circunstancial determina el cambio que condicionará, en algún grado, su futuro. Ya la imagen del poeta se cierne sobre la del niño que está cursando entonces su escuela primaria. El 9 de julio de ese año, pronuncia una alocución patriótica. Rosendo Fraga, delegado de Urquiza en Gualeguaychú, presencia el acto y escribe estas líneas al gobernador: "Me tomo la libertad de recomendar a la consideración de V. E. al joven Olegario Andrade, que lució tanto en la alocución que pronunció. Es huérfano de padre y madre y sin ninguna clase de recursos para continuar con su educación, con la que promete grandes esperanzas". Urquiza se evadía ya de la imagen tradicional del caudillo de bota y lanza, para presentarse como un go-

bernante civilizador, a la altura de los liberales: "Me lisonjea que mis desvelos por la prosperidad de la educación entrerriana empiezan a corresponder a los justos designios del gobierno". Andrade recoge involuntariamente los frutos de esos desvelos. Contrae además una deuda de gratitud y un sentimiento de exaltada adhesión. El desenvolvimiento de los hechos que encumbran y derriban sucesivamente el poderío del entrerriano incidirá profundamente en la biografía de Andrade, cuyo compromiso moral y político residirá en la defensa a ultranza del partido federal y urquicista. Mientras tanto, y merced a la beca y protección del gobernador, ingresa en 1851 al famoso y liberal Colegio de Concepción del Uruguay. Tiene allí como condiscípulos al que será su amigo, Julio A. Roca, a Onésimo Leguizamón y a Eduardo Wilde. Reinaba en el colegio un ambiente europeo y de avanzada, que ayuda a explicar el liberalismo de esos hombres educados en la atmósfera provincial que pugna por abrirse hacia lo cosmopolita: filosofía racionalista, historicismo a lo Michelet y Quinet que luego habilita a Andrade para establecer esas amplias comparaciones de la historia clásica con los sucesos políticos de la república, desarrollados como una constante de estilo y pensamiento en su tarea periodística. Y es en el mismo colegio donde queda consagrada su vocación de poeta: en 1856 se premia su composición *Mi Patria*, por decreto del que era entonces gobierno nacional de Paraná. Pero este primer triunfo oficial no es suficiente atadura para contener el despertar de Andrade frente a la vida: abandona sus estudios inconclusos y se casa en 1857 con Eloísa González, uruguaya. Tiene entonces dieciocho años y el amor lo impulsa a dar un paso que le enajenará por un tiempo el favor y la simpatía de Urquiza, que había depositado en él sus esperanzas de crear un centro



Colegio Nacional de Concepción del Uruguay



Olegario V. Andrade a los veinte años

cultural de avanzada alrededor del gobierno de Paraná. Rechaza así la perspectiva halagüeña de un viaje a Europa y se lanza a lo que será su durísima lucha por la vida. Andrade va a ser periodista por vocación de militancia política y por necesidad de supervivencia: los años que siguen se desarrollarán alrededor de periódicos y publicaciones militantes, tanto en Gualeguaychú como en Paraná o Santa Fe.

Andrade periodista. — El periodista adquirió, después de Caseros, gran importancia como arma de defensa y ataque en el agitado campo de la acción política. El político actuaba en dos áreas posibles: el parlamento y los ministerios y la prensa periódica. Andrade, que no llegará al primer plano hasta bien entrada su madurez, debía necesariamente situarse como hombre de letras en el segundo. Por otra parte su misma vida lo señalaba como el defensor obligado del partido de Urquiza y el gobierno de Paraná, frente a los embates que en ese momento estaban ambos sufriendo desde el Estado de Buenos Aires. La tradición liberal y la recién implantada democracia constitucional permitían el juego más o menos libre de la opinión. Andrade se erige, en el período que va de 1856 a 1861, en defensor de los derechos de la Confederación frente al Estado de Buenos Aires. Su posición es francamente urquicista, tanto desde *El Mercantil* de Gualeguaychú o *El Patriota* de Santa Fe, como desde *El Federalista*, fundado por él, o desde *El Comercio*. Cuando triunfa Mitre en Pavón, Andrade se convierte en opositor, posición que agota sus mejores energías; funda en Gualeguaychú *El Porvenir*, arma terrible que utiliza para fustigar la política porteña frente al problema con Paraguay y la alianza argentino-brasileña. En 1867, Mitre, a través de su ministro Rawson, ordena su clausura. Lo reemplaza *La Regeneración*. Cuando ese mismo año comienza a debatirse la sucesión presidencial, se

barajan las candidaturas de Rawson, Elizalde y también de Urquiza. Andrade, en una prosa cuajada de comparaciones, va definiendo a los postulantes (recordemos la sólida formación histórica impartida en el Colegio de Concepción del Uruguay): “¿Qué candidato puede inspirar confianza a los pueblos en tan peligrosa situación?... ¿Será Rawson? Compadezco al pueblo romano, decía Augusto, si llega a caer en tales garras; hablaba de Tiberio, cuyos horribles instintos adivinaba. ¿Será Elizalde? El lugarteniente de Don Pedro II sería un gobierno extraño, un poder impuesto por las bayonetas del Brasil, que vendría abajo al primer sacudimiento de la indignación nacional”. Andrade postula a Urquiza como necesidad de la república: “Es más que un idolo, es una necesidad”, remata con una sentencia a lo Tácito. Las andanadas contra Mitre se suceden aunque éste ya haya terminado su período: “El vencedor de Caseros —y lo llamaremos así porque la gloria, aunque prestada, reclama títulos de respeto— lanzó a las provincias sus legiones mercenarias pasando sobre los troncos mutilados del holocausto de *Cañada de Gómez*: eran las legiones de la conquista encargadas de justificar la dominación de Buenos Aires con el silencio sepulcral de los pueblos”. Andrade desaprueba la política mitrista de represión cruenta de los últimos focos federalistas provincianos. El mismo desacuerdo apasionado siente frente a la intervención argentina en la guerra del Paraguay que comenzara en 1865. La condena con palabra insultante y afiebrada: “¿Adónde va el soldado de la independencia de América, que paseó su bandera redentora desde las barrancas del Paraná hasta los confines del antiguo Imperio de los Incas?... Va a ser instrumento de exterminio, un brazo ciego y pasivo de venganzas y ambiciones ajenas; va a cegar los pantanos del Paraguay con los huesos insepultos de sus hijos para

que sobre esa ancha calzada hagan su pasaje los conquistadores de un Imperio [Brasil] afeminado por la cobardía y engegucido por la avaricia”.

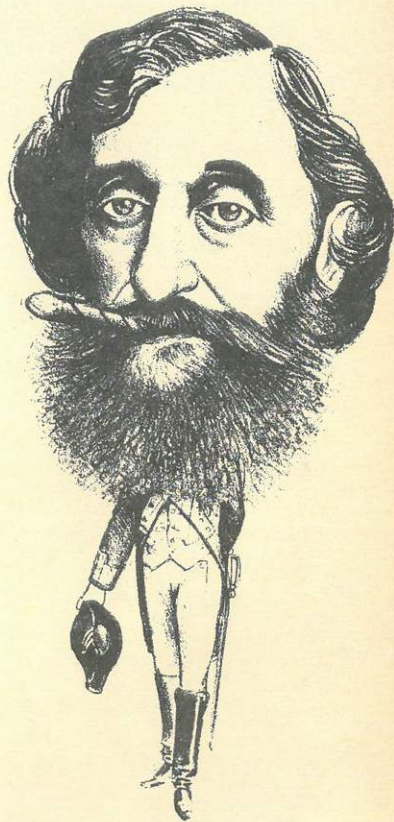
Fracasada la candidatura de Urquiza a presidente de la república, y elegido en cambio Sarmiento, Andrade bifurca, desde *La Regeneración*, su tarea periodística: ataques al gobierno nacional de Sarmiento (que con rapidez inesperada se había erigido desde el extranjero en candidato y elegido en cambio Sarmiento, aunque provinciano, se había asimilado a las filas porteñas), y apoyo al gobierno provincial de Urquiza, en el que Andrade se desempeñó como legislador. Corre el año de 1868. Con la muerte de Urquiza en 1870 se cierra la etapa primera y combativa de Andrade periodista, años que van desde 1857 hasta 1870 y en los que defendió tenazmente los ideales federalistas, con el estilo grandilocuente que será el de su poesía, pleno de metáforas y comparaciones que organizan paralelos entre los personajes de la historia clásica y los de la nuestra, y en el que *la* antítesis de “buenos” y “malos” gobernantes es una constante.

Cuando, en 1876 —era presidente Avellaneda— se traslada a Buenos Aires, se abre un nuevo período de su labor: los gobiernos de Avellaneda y Roca ya no son blanco de su ataque: los apoya decididamente como legislador y periodista. Se convierte en redactor principal de *La Tribuna*, cargo que abandona poco después para fundar *La Tribuna Nacional*. Es su época de plenitud y fama: el mediodía del poeta.

Su obra. — Por ley de la Nación N° 1408 del 14 de junio de 1884, se autoriza “al Poder Ejecutivo para mandar a hacer una edición esmerada de las obras de Olegario V. Andrade, con destino a ser difundida en el país y en el extranjero”. Roca era en ese momento presidente de la república y Wilde su ministro: se

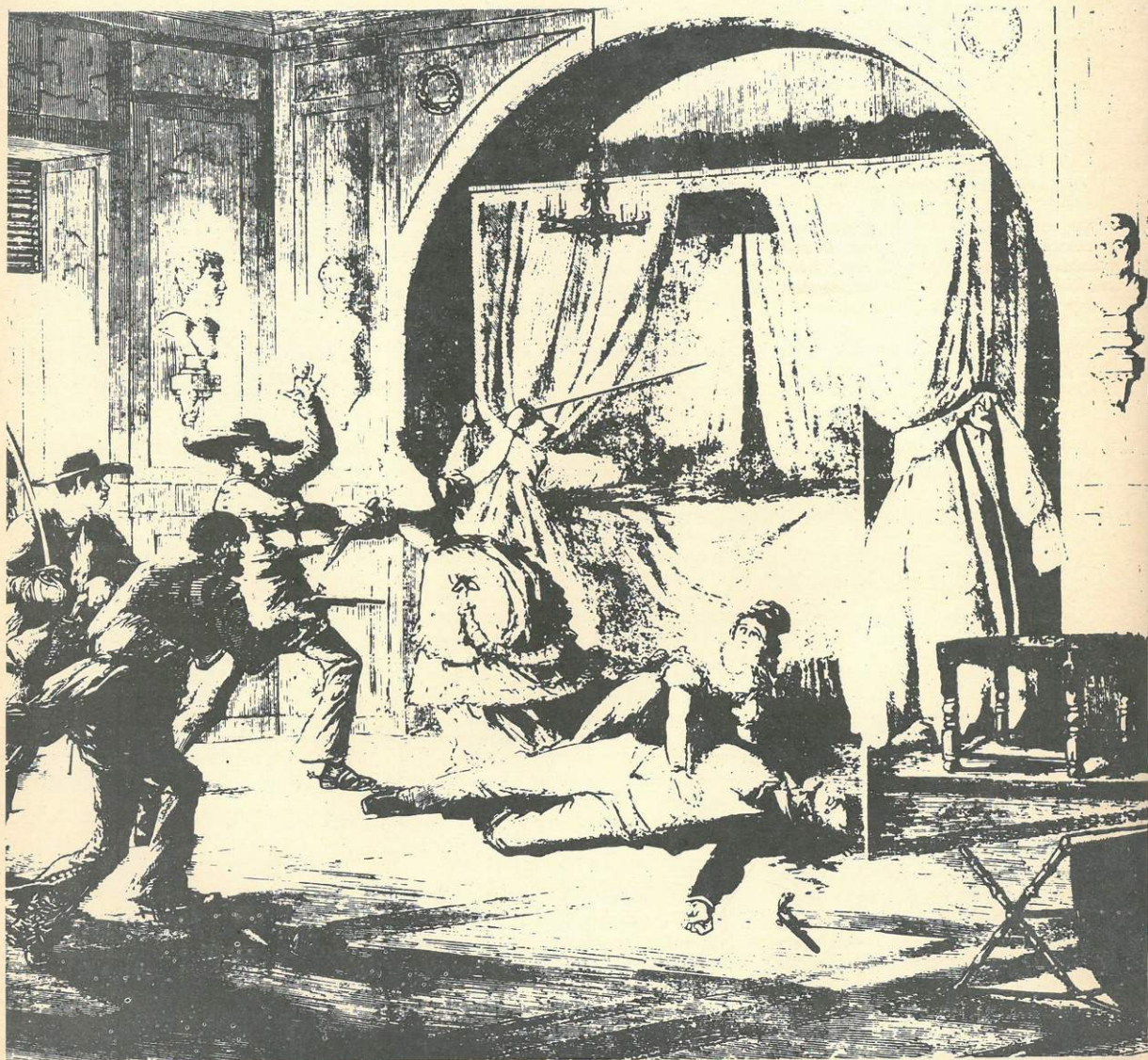
estaba rindiendo postrer homenaje al correligionario, al poeta y al viejo amigo de las aulas del Colegio del Uruguay. Pero la edición, como trámite oficial en que se había convertido, se retrasa y complica. La Comisión nombrada *ad hoc* y que integraban Guido y Spano, Paul Grousac y Alberto Navarro Viola, debía ordenar manuscritos y recoger poesías dispersas. En 1886 el libro parece aun lejano y entonces la viuda de Andrade solicita al gobierno la autorización para llevar a cabo la edición que había prometido la ley de 1884. Roca contesta afirmativamente. Por decreto se le entregan 6.000 pesos y se le comunica su obligación de entregar 500 ejemplares al Ministerio de Instrucción Pública. En 1887, y de la Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser, salen a luz pública las *Obras Poéticas* de Olegario Víctor Andrade, como “Publicación ordenada por el Excmo. Gobierno Nacional”. Bajo el título de “Documentos relativos a esta publicación”, se transcriben la ley de 1884 y el decreto de 1886. Benjamín Basualdo redacta un prólogo (p. V-XCI) vago, admirativo y acrítico. Los poemas se extienden desde la página 15 a la 255 y ostentan las viñetas tan caras al gusto de la época. Adorna la portada un grabado del poeta. La edición incluye desde las primeras composiciones de la juventud enterriana hasta los grandes cantos de la madurez del poeta oficial.

Ezequiel Martínez Estrada opina, en un artículo sobre Andrade publicado en la *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, N° 139, que el poeta retrotrae nuestra poesía a 1826, es decir, al momento en que, bajo la égida rivadaviana, Juan Cruz Varela se convierte en poeta oficial, manejando una forma y una retórica neoclásicas. Andrade, según Martínez Estrada, pasó por alto el esfuerzo de los románticos en cuanto a la creación de una literatura genuinamente nacional, para forjar una poesía



Caricatura de Bartolomé Mitre

En los agitados días de Pavón y en la época que le siguió inmediatamente, el periodismo desempeñó importante papel en la evolución de la vida política. Andrade, que desde un principio había puesto su pluma al servicio de Urquiza, sobresalió, además del mérito de su obra poética, como temible polemista y publicista.



Reconstrucción del asesinato de Urquiza (Urrabieta, Madrid)

donde lo pasado está “desprovisto hasta de sus últimas obligaciones con lo real y lo sensato”. Es aceptable la afirmación de que Andrade no continuó con las innovaciones de los románticos, especialmente las de un Echeverría en *La Cautiva*, y que, como poeta culto que era, ignoró el horizonte inmenso de la poesía gauchesca. Es indiscutible también que su visión de la realidad, siempre de tipo genérico y afecta a las grandes abstracciones, convierte en imposibles los elementos típicos que constituyen el “color local”. Pero, y pese a estas limitaciones, Andrade es ineludiblemente romántico, con un romanticismo que se expresa en su forma desmesurada, hugoniana y reiterativa, y en sus ideas: Andrade es el cantor de la nueva democracia, en la que el fuerte tinte de positivismo filosófico no había logrado aún desvanecer los elementos de un romanticismo que se prolongaba. La participación de Andrade en las características del movimiento se da de manera especial: la exaltación del sentimiento individual es reemplazada por la del sentimiento colectivo; la lírica de un hombre se convierte en la de un pueblo, de un continente, de la humanidad entera. Es inherente al romanticismo la exaltación de los valores nacionales que Andrade incorpora en toda su poesía patriótica: el canto al héroe y a la libertad. Falta, eso sí, el sentimiento religioso que impregnó las producciones de algunos románticos europeos, pero no debemos olvidar que nuestra primera generación romántica no se distinguió tampoco por su inclinación al misticismo. Reemplaza a este sentimiento una profunda fe en el hombre, propia de un pueblo joven que no vive la nostalgia de pasados lejanos aureolados por la grandeza o el misterio. El romanticismo, por otra parte, tiene un segundo momento europeo en que la importancia del fenómeno social ingresa en el universo poético. Lo social en Andrade se da a través

de lo histórico-nacional, en lo que hace a la esencia de un pueblo, a través de sus hombres. Aunque podemos decir con certeza que Andrade es el poeta de una segunda generación romántica argentina, no debemos olvidar que, como movimiento, éste ya había sido superado en Europa por nuevas corrientes o por obras que anticipaban la poesía de los últimos años del siglo: en 1852 aparecieron los *Poèmes Antiques* (Poemas Antiguos) de Leconte de Lisle, y en 1866 se hace la primera antología del *Parnasse Contemporain* (Parnaso Contemporáneo) que, sobre la línea de Leconte de Lisle, constituyó un movimiento antiromántico: el parnasianismo. Ya en 1857 se publicaba la primera edición de las *Fleurs du Mal*, piedra fundamental del edificio simbolista, culminación de esta liquidación del romanticismo que se operaba en Francia hacia 1870. Sin embargo, también en Francia, Hugo seguía escribiendo en su línea romántica poemas que iban a ser incluidos en la nueva serie de *La Légende des Siècles*, donde el progreso y la exaltación del hombre como forjador de su destino juegan como elementos preponderantes, sin excluir una visión integradora de la historia en grandes ciclos y síntesis. Existía, como es lógico, en nuestra segunda generación de poetas románticos, un atraso con respecto a las últimas tendencias, que todavía no habían sido recibidas ni asimiladas por el creador o por su público. Andrade fue un poeta que se adelantó a las apetencias de sus lectores, y sincronizó su obra con el medio cultural y social en el cual le tocó vivir.

Primer período: “El consejo maternal”, “La vuelta al hogar”. — Su poesía puede dividirse en dos épocas determinadas por el tercer viaje a Buenos Aires, en 1876, que establece al poeta definitivamente en la ciudad porteña. Pertenecen a la primera época las poesías escritas en Entre Ríos, desde

Andrade y su pobreza

Las vicisitudes económicas y políticas de Andrade signaron, en buena medida, una existencia que no alcanzó la tranquilidad indispensable para la creación hasta los años de madurez plena. Se casó, como hemos visto, muy joven y contaba solamente con su pluma para mantener el hogar que se acrecentó con la llegada de seis hijos: uno de ellos, Agustina, será poeta como su padre. Andrade pasó de Guauguaychú a Santa Fe y en 1857 decidió tentar suerte en Buenos Aires, donde no consiguió, sin embargo, una ubicación segura, aunque esta fugaz visita se vio signada por un hecho trascendental para el futuro del poeta militante: la amistad que anudara entonces con Nicolás Avellaneda. Regresó por tanto a Entre Ríos y residió, según las épocas, en Guauguaychú, Paraná y luego en Santa Fe. Cuando, en 1860, Santiago Derqui fue elegido presidente de la Confederación, Andrade comenzó a desempeñarse como su secretario privado, cargo al que llega por su lealtad y firmeza de convicciones. Pero después de Pavón el poeta debió regresar a Guauguaychú, donde lo esperaban años de ardua lucha periodística. En 1867 se produjo su segundo viaje a Buenos Aires, que tuvo como fin postular la candidatura de Urquiza, ardiente y candorosamente. El fracaso del gran entrerriano condicionó el regreso de Andrade, y el asesinato de Urquiza en el palacio San José fue el golpe que más resintió al poeta por aquellos años. Muerto Urquiza, Entre Ríos amenaza convertirse en fragua de la lucha. Pero intervino Sarmiento y concilió, con habilidad suma, las pasiones: creyó comprender Andrade que había llegado el momento de la reconstrucción y aceptó un magro puesto de administrador de Aduana en Concordia. Pero fue corta la bonanza: en 1872 se ordenó su exoneración, bajo cargo de manejo ilegal de dineros

oficiales. Fue rudo el ataque a la integridad sin mancha del poeta, quien además de ocupar su puesto en la Aduana había creado un incipiente movimiento de cultura en la ciudad del Uruguay, fundando un centro social y una biblioteca. Avellaneda, que llegó en 1875 a Entre Ríos, salvó la situación del poeta e inauguró, con una invitación a Buenos Aires, su época de gloria. Andrade, que llegó a la capital porteña en 1876, alcanza la cumbre de su fama y obtiene la tranquilidad necesaria para escribir sus mejores obras.

Se relacionó con toda la intelectualidad y vivió en un ambiente de repercusión y eco sensibles. Sus obras, que vieron la luz en periódicos literarios como la Revista del Río de la Plata, El Album del Hogar y La Ondina del Plata, fueron celebrados casi unánimemente. Sus contemporáneos lo consagraron poeta laureado, y así fue reconocido hasta su muerte, acaecida en Buenos Aires, que significó un duelo nacional y la apoteosis donde Andrade recibió el homenaje de presidentes, políticos y literatos.

aquella *En la muerte de mi condiscípulo y amigo Don Benito Marichal*, donde la cuerda de la elegía suena bajo la pulsación de un dramatismo estereotipadamente romántico, que es en realidad el tributo inevitable que el adolescente paga a su época y a sus lecturas.

Un año antes, en 1865, cuando estaba todavía en las aulas del Colegio de Concepción, Andrade cultiva la melancolía de una temprana decepción sentimental: la flor, imagen de la mujer y del ideal perseguido y no alcanzado, integra una metáfora que abarca todo el poema y que juega, inesperadamente, con la ambigüedad de los significados.

En su poema *El laurel*, de 1856, Andrade ya da muestras de su fe en el destino de vate nacional que le está aguardando:

*Es un ángel que vuela vagaroso,
desprendido del trono del Señor,
¡Oh! me dice su acento misterioso
que seré de mi patria el trovador.*

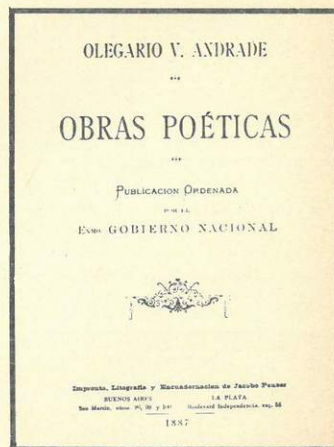
Curiosa poesía de antítesis ésta, en la cual estrofas más abajo de la visión optimista encontramos la reiteración del tema de la melancolía romántica:

*Yo, dormido a la sombra de un abismo,
sumiso me doblego a su poder,
y el mundo, con su frío escepticismo,
se burla de mi negro padecer.*

Después de introducir la visión risueña del ángel, por un mecanismo de tensiones que se desplaza entre los polos opuestos de optimismo y pesimismo, de esperanzas y desesperanzas, incorpora Andrade la imagen nocturna de la incompreensión y la tortura. Raro juego en el tiempo hay también en esta poesía, donde se entretienen, en un mismo plano del transcurrir, sus recuerdos de infancia en tierras extranjeras con las ambiciones y sufrimientos más imaginados que reales de la adolescencia del poeta. Evocan también su infancia las dos famosas composiciones *El consejo maternal* y *La vuelta al hogar*. En la primera, que es de 1865, la figura



Julio Argentino Roca



Edición oficial de las Obras poéticas de Andrade

dulce de la madre se perfila a través de un recuerdo de infancia. Asombra, en Andrade, la naturalidad y sencillez con que presenta la situación, en versos despojados de la retórica del sentimentalismo romántico que campea en los poemas de su adolescencia. No hay una ausencia total de la expresión de molde (encontramos "de su voz la celeste melodía" y la comparación de una lágrima con la "gota cuajada de rocío"), pero se integra en una narración lineal, donde el diálogo se desarrolla a lo largo de cuatro estrofas interrumpidas por la descripción somera de la escena. El poema, tan famoso en nuestro país, presenta la figura idealizada de la madre, símbolo del refugio que busca el niño y añora el adulto. El tema del ángel protector y la mujer amable se sintetiza en la madre que es el ángel que el poeta invoca. Y la pureza en la evocación de la figura materna hace que la melancolía terrible de los poemas de adolescencia se atenúe en el vago sentimiento de tristeza de un niño:

*Yo prorrumpí a llorar. Nada, le dije,
la causa de mis lágrimas ignora,
pero de vez en cuando se me oprime
el corazón, y lloro.*

En *La vuelta al hogar*, el recuerdo de las horas más dulces de la adolescencia no parte de la imagen humana sino de la evocación enternecida de la naturaleza, que ha permanecido ajena al cambio del hombre, cuando éste vuelve a la escena de sus emociones primeras. Es una naturaleza con la cual el poeta niño se comunicaba con un lenguaje de correspondencias innatas y secretas:

*Lo que dicen esas brisas
ya, otras veces, me lo han dicho.*

El paisaje, en la despedida, se interioriza del sentimiento y la tristeza del que parte; un pájaro canta su adiós, y en ese zorzal Andrade cree descubrir una parte de sí mismo. Con el procedimiento de traslación y proyección del romanticismo, Andrade refleja sobre el paisaje su sentir y

lo identifica con su estado de ánimo:

*Qué triste estaba la tarde
la última vez que nos vimos...*

La presencia del transcurrir del tiempo está dada en dos planos, el de la naturaleza y el del hombre: planos donde los hitos son diferentes pero la lamentada irreversibilidad, idéntica:

*Han pasado muchos años
desde aquel día tristísimo;
muchos sauces han trinchado
los huracanes bravíos.*

Y ese tiempo que no ha modificado la esencia última del paisaje, puesto que está "como era entonces", trae un hombre nuevo al hogar paterno, hombre que padece ya de los males incurables del desencanto y la melancolía, cuya alma es:

*una tumba que tiene
la lobreguez del abismo.*

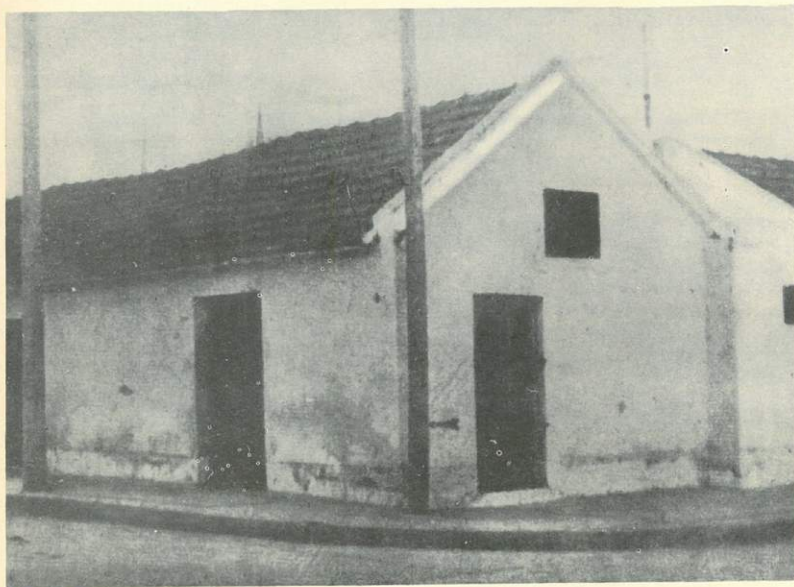
A este primer período pertenecen también composiciones patrióticas que anuncian los sonetos épicos del segundo. *El 9 de agosto*, escrita en 1855, todavía en el Colegio del Uruguay, es clara muestra de la desmesurada y adolescente admiración de Andrade por Urquiza. En el poema se mezclan los incipientes ensayos del tono épico, buscado sobre todo a través de los marciales estrépitos, los bélicos cañones de roja cabellera y el estruendo de las luchas fratricidas, con cierto prosaísmo inevitable en la descripción de una acción de gobierno. Son de la misma época los poemas *Mi patria*, *El 8 de octubre* y *El 11 de septiembre*, que lleva como subtítulo "En el álbum de un proscripto", alusión directa al cisma que afectaba, en 1856, las relaciones del Estado de Buenos Aires con la Confederación.

El segundo período: "El nido de Cóndores", "San Martín". — Al segundo período de Andrade, que comienza en 1877, pertenecen las siguientes composiciones cuya inspiración se abre bajo otros signos: *El nido de cóndores*, que fue leído y

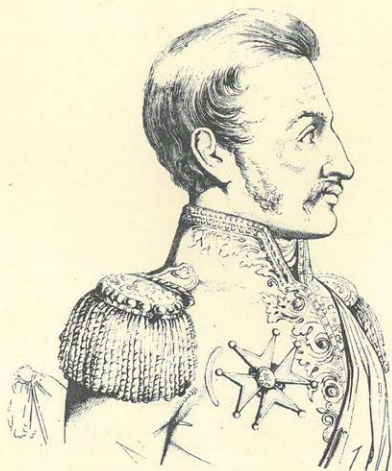


Caricatura de Nicolás Avellaneda

El nido de cóndores, el más famoso de los poemas de Andrade, inserta la concepción romántica en una inspiración arraigada en lo histórico-nacional, e intenta, en una suerte de evocación plástica, la exaltación poética de la figura del Libertador.



Casa de los Andrade en Gualeguaychú



Retrato del general San Martín, publicado en una obra italiana en 1843

celebrado el 25 de mayo de ese año en el teatro Colón; *El arpa perdida* y *Prometeo*, del mismo año; *San Martín*, recitado el 4 de febrero de 1878 en un homenaje del centenario de su nacimiento; de 1880 son *La noche de Mendoza* y *La libertad y la América*; y de 1881, *A Víctor Hugo* y *la Atlántida*, presentada en los juegos florales del Centro Gallego. La segunda época de Andrade corresponde a los poemas del lirismo de proyección patriótica y universal, inspiración que ya se prefiguraba en *El porvenir* de 1867.

El nido de los cóndores y *San Martín* responden a un mismo movimiento de inspiración arraigada en lo histórico-nacional. Pero, mientras el primero es una evocación más plástica que temporal, el segundo se sitúa en el transcurrir del tiempo e intenta la tarea ardua y difícil de una biografía poética del libertador. Por otra parte, en *El nido de cóndores* el recuerdo, por medio de la ficción poética, adopta el atrevido punto de vista de un espectador no humano —ficción muchas veces criticada, desde el comentario adverso y minuciosamente destructor de Santiago Estrada—; en *San Martín*, en cambio, el poeta se sitúa dentro del decurso de la historia considerada en su aspecto más heroico, para salir de ella cuando forja la metáfora del águila y el torrente que recorren todo el poema. El canto lírico *San Martín* presenta, desde el punto de vista de su construcción, dificultades, mayores: insertar el poema lírico dentro del epos histórico no es la menor de ellas. Los acontecimientos fundamentales que se poetizan son: nacimiento del héroe, Europa, retorno, San Lorenzo, cruce de los Andes, renunciamento, posteridad, dentro de un juego metafórico donde, como hemos dicho, *San Martín* es águila y torrente. He aquí una de las comparaciones estructurada con mayor poder de síntesis en lo que concierne al decurso temporal de una vida:

*Nació como el torrente;
rodó por larga y tenebrosa vía,
desde el mundo naciente al mundo
[viejo;*

*torció su curso, un día,
y, entre marciales himnos de victoria,
desató sobre América cautiva
las turbulentas ondas de su gloria.*

El torrente, en otras estrofas del poema, merced a la ambigüedad de la metáfora, se transforma en símbolo no ya sólo del héroe sino de las fuerzas libertadoras. Es interesante también en este "Canto lírico" la descripción de los signos maravillosos que sucedieron al nacimiento del héroe. Coexisten en ellos, tácitamente, dos concepciones: por un lado, la clásica, virgiliana, de la predestinación, que es saludada por la naturaleza y el mundo todo; por el otro, está el concepto romántico del destino, bajo cuyo signo ineludible comienza su transcurrir la vida del hombre: *...la espléndida comarca de su cuna se estremeció con vibración extraña cuando nació el gigante de la historia...*

El romanticismo de Andrade se trasluce tanto en *San Martín* como en *El nido de cóndores* en primer lugar, por cierto tipo de adjetivación característica de la retórica del movimiento (*el corazón enfermo del abismo* en *El nido de cóndores*, y también *la negra sangre, ráfagas heladas y vago viento*) y el sentimiento de melancolía de algunos versos, que nada tiene que ver con una esperada tristeza viril.

Es típica de estos poemas de Andrade, y en general de toda su poesía, una macrovisión de la naturaleza, es decir, una concepción casi apocalíptica de sus manifestaciones que implica una total incomprensión y desinterés por todo lo que sea en ella pequeño o delicado. La visión de Andrade es, sin duda, escenográfica, y el efecto es buscado afanosamente, los colores se componen en función de las ideas animadoras, la variedad del paisaje se simplifica en

un cuerpo de imágenes repetidas aunque generalmente efectivas. En su macrovisión de la naturaleza desecha, casi siempre, en esta segunda época, los colores risueños, para acudir a los matices sombríos, amenazadores o coléricos. Pero, tan terrible como suele presentarla el poeta, la naturaleza debe responder dócilmente frente a la figura del héroe; debe, aunque conservando su imaginería negra, pétrea y profunda, inclinarse en admiración o reconocimiento:

*...infantes y jinetes avanzaban,
desnudos los aceros,
y, atónita al sentirlos, la montaña
bajó la frente y desgarró su entraña.*
(El nido de cóndores)

*y la ruda montaña, conmovida,
doblegó la cabeza
para ser pedestal de esa bandera.*
(San Martín)

Vale la pena transcribir una estrofa entera de *San Martín* para ejemplificar lo que decíamos hace un momento acerca de la macrovisión de Andrade; naturaleza e infinito se ven homologados en una proyección grandilocuente:

*Ya están sobre las crestas de granito,
fundidas por el rayo;
ya tienen, frente a frente, el infinito:
arriba, el cielo de esplendor cubierto,
abajo, en las salvajes hondonadas,
la soledad severa del desierto,
y en el negro tapiz de la llanura,
como escudos de plata abandonados,
los lagos y los ríos que festonan
de la patria la regia vestidura.*

Es de notar que esta macrovisión no está dirigida a la exaltación de la naturaleza como tal, sino a su función en cuanto a ciertos elementos o entidades fundamentales de la visión del poeta: en el caso de la última cita, la patria. El cóndor mismo deja su mundo natural y estático de lo animal para ser introducido en el universo humano e histórico, donde se estremece y perturba su tranquilidad inconsciente, obligado, por el poeta, al recuerdo:

Comte y su teoría de los estadios

Auguste Comte (1798-1857), filósofo francés creador del positivismo, enuncia en su *Curso de filosofía positiva* su teoría de los estadios, que estructura una interpretación filosófica de la historia de la humanidad. Comte establece una dinámica en los procesos históricos que se dirigen hacia un fin, última etapa de un desarrollo universal. De acuerdo a su teoría la historia de la humanidad debe ser inteligida bajo los términos de tres estadios: el primero, que llamó teológico, en el cual el hombre interpreta la realidad con un enfoque deísta que fue evolucionando desde el fetichismo primitivo hasta el monoteísmo judeo-cristiano. El segundo, o estadio metafísico, se inicia cuando el hombre razona acerca de la realidad mediante una serie de conceptos o entidades abstractas que no están sustentadas por los hechos concretos. El tercero y último, el estadio positivo, es aquel en el que las afirmaciones dogmáticas y vacías de contenidos reales comienzan a ser reemplazadas por conocimientos científicos ciertos. La teoría de los estadios, junto con la sistematización de las ciencias y el optimismo positivo de la escuela, ejercieron una influencia definitoria, aunque muchas veces indirecta, sobre las generaciones liberales argentinas posteriores a Caseros.

Los contemporáneos de Andrade escriben sobre "Prometeo"

Prometeo configura el credo progresista no sólo de Andrade sino de toda una generación. La fe en el progreso indefinido fue el motor que animó los gobiernos liberales que dirigieron la república por esos años. Nicolás Avellaneda, que era en 1878 presidente, escribe a Andrade, en una carta del 14 de enero: "Acabo de leer su hermoso canto, y si puede creerse en esa irradiación del genio que envuelve por un momento al poeta y a su lector en una red de luz, yo afirmo que este canto dará la vuelta a América y que será una de sus glorias". Miguel Cané da una interpretación del Prometeo, que recogerá luego en sus *Charlos Literarias*. También él se siente identificado con el ideario del poeta: "El esfuerzo gigante para aferrar el bien sobre la tierra, dar espacio a la luz, aire y vuelo a las ideas: ese es Prometeo. El error, la ignorancia, la miseria humana, las amarguras sin término que engendran el crimen y arrojan en las almas débiles el germen de la desolación: he ahí el buitre que roe las entrañas del titán. Tal es la concepción poética de Andrade". Santiago Estrada, en cambio, respondiendo a su formación y a una filosofía católica, reacciona negativamente frente al canto de Andrade y en un artículo sobre el poeta, recogido en el tomo primero de *Miscelánea*, afirma que Andrade parte de la leyenda desvirtuándola al proponer la rebelión contra Dios. El enfoque de su crítica no es literario sino ideológico y nos da la otra dimensión del panorama cultural y filosófico argentino de ese momento. Estrada, antagonista consecuente del liberalismo, lo enfrenta no sólo en el terreno político sino también en el plano de lo literario.

Es que sueña con algo que lo agita el viejo morador de la montaña y luego

Inquieto, tembloroso, como herido de fúnebre congoja pasó la noche, y sorprendiólo el alba con su pupila roja.

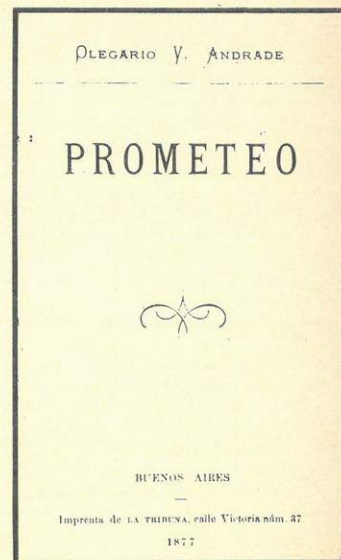
El nido de cóndores y San Martín resumen la inspiración patriótica de Andrade elevada a un nivel nacional y pretérito. Su concepto de la historia universal como teatro gigantesco para la lucha de la idea y el avance del progreso, está, en cambio, en *Atlántida* y *Prometeo*, entre otros poemas de su segunda época.

"Atlántida" y "Prometeo". — En *Atlántida*, Andrade da cuerpo y existencia poéticas a su visión de la historia animada en un amplio juego de síntesis: desfilan Roma, España, Francia y América, que representa la puerta generosa y abierta hacia el porvenir. Es importante considerar que para Andrade la raza es el nervio motor de los hechos a los que imprime sus características:

Las razas son los ríos de la historia, y eternamente fluye el raudal misterioso de su vida.

Los pueblos, a su vez, encuentran dirección y sentido para su fuerza en aquellos elegidos que se convierten en seres providenciales y a quienes mueve una energía casi divina. La raza latina, que forjó durante siglos su grandeza y que cayó entre batallas y pasiones, despierta a destinos nuevos en la América-Atlántida: Andrade, imbuido del optimismo americanista de su época, concibe a nuestro continente como el altar propicio del progreso, que constituye para él la dinámica que mueve a la humanidad hacia su fin enaltecido. Americanismo exaltado, con visionaria proyección de futuro, y generoso universalismo, son los polos entre los cuales se mueven las imágenes apocalípticas, reiterativas y sobreabundantes de *Atlántida*.

Prometeo comparte y acentúa sus



Portada de la primera edición de Prometeo

virtudes y defectos. La lucha del hombre contra el poder ciego e injusto de los dioses encuentra símbolo exacto en la figura de Prometeo, figura mitológica de larga prosapia literaria. Andrade salta por sobre lo anecdótico para presentarnos al héroe ya encadenado a su tormento que no será eterno pues se anuncia el triunfo de la idea, con sus contenidos de libertad y progreso. Prometeo es, desde el ángulo en que lo encara Andrade, hombre de su siglo, un contemporáneo fuera del tiempo. La lucha entre el progreso, la idea, la raza prometeana, y las fuerzas oscuras, se da en un nivel cósmico mediante la utilización de un cuerpo de imágenes característico de la macrovisión del poeta. Así describe, por ejemplo, los ecos universales de la lucha entre los dioses y los titanes:

*Ya heridos de pavor, los astros mismos
en confusión horrible
como yertas pavesas descendían
de abismos en abismos...*

El caos abismal recreado por el poeta es anterior al despertar del pensamiento, dinámica y feraz rebelión de la cual es adalid el Prometeo encadenado. El poema de Andrade es un himno de resonancias positivistas donde se exalta la dinámica y la lucha de la "raza prometeana". Andrade enfrenta los fantasmas de la oscuridad y el fanatismo con esa "luz inextinguible del pensamiento humano". La concepción del poeta se apoya en la periodización de los estadios según la teoría del filósofo francés Augusto Comte (1798-1857), creador del positivismo.

Prometeo nos presenta un Andrade en el que resuena un eco sonoro, no sólo de la historia de su patria o del porvenir brillante de América, sino también de las ideas de su tiempo; encrespado defensor del progreso e impugnador del fanatismo, queda este poema como signo de una mentalidad y de una concepción típicas de la segunda mitad del siglo XIX.



Paysandú después del bombardeo sufrido (en el Correo del Domingo, 1866). Este episodio motivó un famoso poema de Andrade.

Bibliografía Básica

Cronología de Primeras Ediciones

- 1860 Ricardo Gutiérrez, *La fibra salvaje*.
- 1869 Ricardo Gutiérrez, *Lázaro*.
- 1871 Adolfo Lamarque, *Ensayos poéticos*.
- 1871 Jorge Mitre, *Poesías*.
- 1876-7 Gervasio Méndez, *Poesías* (primera y segunda edición aumentada).
- 1878 Ricardo Gutiérrez, *Poesías Escogidas* (contiene: *La fibra salvaje*, *El libro de las lágrimas*, *El libro de los cantos*, *Lázaro*).
- 1883 Carlos Encina, *In memoriam*.
- 1887 Olegario V. Andrade, *Obras poéticas* (publicación ordenada por el gobierno).

Nota: Todas las obras fueron editadas en Buenos Aires.

Bibliografía sobre Andrade y Gutiérrez

Andrade, Olegario V., *Artículos Histórico-políticos (1863-1868)*. Recopilados y publicados con un prólogo por el Dr. Félix E. Etchegoyen. Buenos Aires, 1919.

Id., *Obra poética*. Estudio y texto de Eleuterio F. Tiscornia. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1943.

Argerich, Juan A., "Ricardo Gutiérrez", en *La Biblioteca*, III (8), 1897.

Bischoff, Efraín U., *Juan Chassaing (El poeta de la bandera)*, Santa Fe, Colmegna, 1946. (Contiene como apéndice las poesías de Chassaing.)

Burzio, Blas F. A., *La obra poética de Olegario V. Andrade*, Buenos Aires, 1930. (Incluye una bibliografía crítica).

Cané, Miguel, *Charlas literarias*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1917.

Id., *Ensayos*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1919.

Estrada, Santiago, *Miscelánea*, Barcelona, 1889.

García Merou, Martín, *Recuerdos literario*, Buenos Aires. La Cultura Argentina, 1915.

Giusti, Roberto F., "Ricardo Gutiérrez", en *Cursos y Conferencias*, XX, 1942.

Goyena, Pedro, "Jorge-Mitre-Adolfo Lamarque", en *Revista Argentina*, XI, 1871.

Id., "Ricardo Gutiérrez", en *Revista Argentina*, V, 1869. (También en: *Obra selecta*. Buenos Aires, Estrada.)

Martínez Estrada, Ezequiel, "Andrade", en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Nº 139.

Rivarola, Enrique, "La imaginación de Andrade", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, IX.

Vázquez Cey, Arturo, "La poesía de Olegario Andrade. Su significación estética y social", en *Humanidades*, La Plata, VIII.

Id., "La poesía de Olegario Andrade y su época", en *Humanidades*, La Plata, XV.



Desembarco del ejército argentino frente a las trincheras paraguayas el 12 de septiembre de 1866 (Cándido López, Museo Nacional de Bellas Artes, detalle).

Este fascículo, con el libro
SELECCION DE POEMAS, de Ricardo Gutiérrez y
Olegario Víctor Andrade,
constituye la entrega nº 17 de CAPITULO

Precio del
fascículo
más el libro: \$

150

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

Estos
son los primeros
20 títulos
de la
obra

ENTREGA

1

2

3

Primera parte

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

FASCÍCULO

Introducción: Los orígenes

Introducción: El desarrollo

Introducción: Los contemporáneos

Epoca colonial: Del Reinado al Barroco

Epoca colonial: La ilustración y el siglo dieciocho

La época de Mayo

Nacimiento de la poesía gauchesca

La época de la poesía romántica

El nacimiento de la novela: Marmol

El nacimiento de la crítica: J. C. Gutiérrez

La prosa: Los recuerdos, biografías, memorias

El ensayo en la época de la ilustración

El ensayo de Domingo Faustino Sarmiento

Desarrollo de la prosa gauchesca

José Hernández: el Martín Fierro

La segunda generación: la poesía

Lucio V. Mansilla

La generación de la bohemia: las ideas y el ensayo

La generación del centenario: la imaginación

LIBRO

Martín Fierro - J. Hernández - 400 págs.

La gallina ciega - Los cuentos - H. Quiroga

El peregrino - Los cuentos - J. Cortázar - 144

Los creadores - Antología - 96 págs.

La literatura argentina - Antología - 120 págs.

Cielitos - Los patrióticos - Hidalgo - 80 págs.

La época de Rosas - Antología - 120 págs.

El matadero y La cautividad - 120 págs.

Amalia - (segunda parte) - Marmol - 400 págs. (Vol. Esp.)

Amalia (segunda parte) - Marmol - 300 págs.

Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.

El ensayo romántico - Antología - 108 págs.

Facundo - Sarmiento - 200 págs.

Santos Vega - (segunda parte) - Faustino - Del Campo - 120 págs.

Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.

Los románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.

Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 120 págs. (Vol. Esp.)

Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.

La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.

En la próxima entrega de CAPITULO (Nº 18), el fascículo "Lucio V. Mansilla" estará acompañado por un libro de 264 páginas: "Una excursión a los indios ranqueles" (primer tomo), de Lucio V. Mansilla.

Debido a su gran extensión, este libro constituye un volumen especial de la Biblioteca Argentina Fundamental. Los lectores fueron advertidos de esta circunstancia desde el primer número, por el sumario total de la obra incluido en las contraportas: se trataba así de indicar que el precio de esa entrega sería mayor.

A pesar de ese anuncio, la próxima entrega de CAPITULO tendrá también el precio corriente de \$ 150.

De esa manera procuramos retribuir, aunque fuera en mínima parte, el apoyo que el público ha prestado a CAPITULO desde su aparición.

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración de la Biblioteca Nacional, del Archivo Gráfico de la Nación y del Museo Mitre.